

Itinerarios cubanos. El archivo como revelación*

Zaida Capote Cruz

<https://orcid.org/0000-0003-2164-8757>

Instituto de Literatura y Lingüística José Antonio Portuondo Valdor

zaidacapote@gmail.com

RESUMEN

El trazo genealógico y el rescate de líneas de vida son tareas decisivas de la crítica y la historiografía literarias feministas. En este artículo revisaremos momentos específicos de las vidas de Gertrudis Gómez de Avellaneda, Mariblanca Sabas Alomá, Juana de Ibarbouro, Ofelia Rodríguez Acosta, Rosa Arciniega, Dulce María Loynaz, Gabriela Mistral y Camila Henríquez Ureña a partir de documentos de archivo. Nos interesa exponer la posibilidad de descubrir en el archivo ciertos signos vitales de las relaciones entre autoras, no solo de colaboración y solidaridad, sino también de desencuentros a veces insalvables. Más que de las “genealogías peregrinas” conceptualizadas por Jean Franco, aquí se trata de una suerte de “genealogías laterales”, electivas, que los documentos de archivo ponen al descubierto.

Palabras clave: genealogías, archivo, historia intelectual, crítica feminista

* Esta es una versión escrita de mi intervención en el Coloquio Internacional *Escrituras de mujeres: genealogías y archivos (1850-1950)* (Lima, PUCP, 15 al 17 noviembre de 2023), a cuyas gestoras agradezco el impecable trabajo de organización y la movilización emocionada y sostenida durante años de tantas colegas comprometidas con la circulación de nuestra preciada herencia intelectual.



Cuban Itineraries. The Archive as Revelation

ABSTRACT

Tracing genealogy and uncovering lifelines are crucial tasks of feminist literary criticism and historiography. In this article, we will explore specific moments in the lives of Gertrudis Gómez de Avellaneda, Juana de Ibarbournou, Ofelia Rodríguez Acosta, Rosa Arciniega, Dulce María Loynaz, Gabriela Mistral and Camila Henríquez Ureña, using archival documents. Our major interest is to expose the possibility the archive offers to discover certain vital signs of the relationships between women authors, not only collaboratives ones, but also disencounters, sometimes insurmountable. More than the “genealogías peregrinas” Jean Franco proposed onces, here we talk on certains “lateral genealogies”, electives ones, that archival documents get unveiled.

Keywords: genealogies, archive, intellectual history, feminist criticism

1. INICIAL

Estudiar la escritura de las mujeres a partir de los lazos y espacios de sociabilidad y afecto que fueron tejiendo a lo largo de sus vidas, e indagar en aquellos ámbitos simbólicos de convivencia en la mutua admiración, en la colaboración o la rivalidad, más allá del contacto o el conocimiento personal, nos permite esbozar un paisaje de los usos y profundidad de tales vínculos, acceder a espacios secretos o por lo menos esquivos del entramado social, así como trazar de otro modo la historia intelectual de nuestras antecesoras. También nos facilita asumir en nuestro tiempo una puesta en acto de aquel legado; emular sus mejores gestos, sus abrazos, discusiones e impulsos de colaboración solidaria; activar esas políticas de apoyo que tanto bien hacen y tanto nos ayudan a seguir creciendo en libertad, acompañadas. Nos ayuda, claro está, a entender mejor cuáles motivos tuvieron para actuar o escribir de uno u otro modo y sobre este o aquel tema sin idealizarlas.

En tanto rutas de afirmación profesional, sitios simbólicos de realización o acompañamiento, aquellos procesos dejaron huella no solo en quienes los vivieron; perviven hoy en los rastros de tinta que fueron dejando, encendido testimonio de una conexión a menudo cordial, casi siempre productiva, tanto como de los desencuentros, que también los hubo. Tales relaciones de parentesco espiritual, aquellas genealogías simbólicas entre mujeres del pasado, y aun entre ellas y nosotras, permanecen ocultas, como corrientes subterráneas, silenciadas, marginadas o negadas por relatos mucho más contundentes y reconocidos. Nos toca, por eso, recuperar aquellos trazos suyos, puede que ya borrosos, pero significantes, sin duda. Insisto: no es solo un rescate, sino un recurso de sobrevivencia. En sus conductas y reacciones, podemos a menudo hallar modelos para las nuestras o explicación de experiencias propias que espejean en las suyas.

Pienso en este caso en la pervivencia en el archivo del testimonio de ciertas genealogías laterales, como pudiéramos llamar a esos vínculos de elección, afinidades (o rivalidades, que también las hubo) electivas. Del presente al pasado, como quería Borges, y también en su propia contemporaneidad, las autoras hicieron esa elección. No se trataría aquí de aquellas “genealogías peregrinas” atribuidas por Jean Franco a la crítica literaria y la escritura feministas como estrategia ineludible frente a la “escasez” del material (Franco 1986: 31), entre otras cosas, porque creo que ya hemos superado, a golpe de investigación y de inmersiones, precisamente, en viejos papeles de archivos y hemerotecas, aquella “escasez”.

En el caso cubano, Luisa Campuzano mencionaba a su vez “la carencia” de escritoras y obras, al referirse al “cúmulo infinito de restricciones, de represión, de apocamiento que ha fomentado la cárcel del silencio de la mujer” (Campuzano 1988: 92), dejándonos ese vacío sobre el cual debíamos trabajar con más imaginación que datos, trazando itinerarios azarosos para saltar de una a otra autora entre las pocas conocidas entonces. En ambas críticas primaba la perspectiva de aquella época, cuando la crítica literaria feminista comenzaba de nuevo a ocupar espacios y recuperar voces. Hoy podemos afirmar que hay material suficiente para negar la “escasez”

y la “carencia” otrora propuestas como constantes de la producción literaria femenina.

Otra muestra de esa transformación del campo, al menos en el ámbito cubano: pensamos que sería todo cuando en 1996 Mirta Yáñez y Marilyn Bobes publicaron *Estatuas de sal. Cuentistas cubanas contemporáneas*, la célebre antología que rescató del olvido y recuperó el legado de muchas narradoras cubanas, al tiempo que las puso a convivir en un espacio común; sin embargo, tras décadas de investigación y aportes colectivos, ya podemos citar otros muchos nombres de autoras cubanas que por entonces ni siquiera habíamos oído mencionar (Capote Cruz 2025).

Estas maestras de la crítica literaria feminista solo alcanzaron a ver lo que podía verse entonces. Para ellas, que iniciaban la labor de rescate en las últimas décadas del siglo XX, todavía no existían los múltiples espacios de recuperación, hoy tan frecuentes, que nos permiten registrar la existencia y evaluar la escritura de numerosos textos de mujeres entonces desconocidos¹. Tampoco se trata, como señalara Franco en aquella intervención suya, de un registro temático o simplemente sexuado de la escritura. Aquí pretendo, como ella pedía, “partir de una crítica [...] del sistema literario en sí mismo” (Franco 1986: 32), con lo cual nuestro primer blanco sería esa idea de una ausencia de mujeres escritoras, tantas veces repetida por la crítica al uso, que casi nos convence de la inexistencia de escritoras; de escritoras valiosas, al menos. Tras casi medio siglo de trabajo colectivo, nuestra percepción de las relaciones entre escritoras, tanto como sobre sus obras, se ha ampliado y complejizado, en buena medida, por el buceo en fondos documentales y prensa, en libros fuera de catálogo y de poca circulación, casi nunca referidos en las historias literarias sino como anomalías o excursos del canon, tal como ha sido descrito por Joanna Russ en lo referente a la tradición anglófona (Russ 2020).

¹ Véase, como botón de muestra, los sitios <<http://www.iisue.unam.mx/escritoras/index.php/la-coleccion-escritos-de-mujeres/>, <http://prensademujeres.cl/>> y numerosos proyectos de investigación, como el PAPIIT Pensamiento crítico de mujeres latinoamericanas y caribeñas (1870-1970), de la UNAM, entre muchos otros.

Al reconstruir aquellas contribuciones, la crítica feminista no solo impulsa una lectura contextual y atenta para recuperar escrituras de ficción, sino que también hurga en correspondencia o artículos en publicaciones efímeras, diarios y otros tipos de espacios poco prestigiosos tras las huellas del pensamiento y la creación de quienes nos antecedieron.

Voy a echar mano del propio curso vital para compartir mis experiencias de investigación. Este recorrido será, pues, una ruta autobiográfica y también genealógica, claro está, pues no debemos perder de vista cuánto de nuestro propio linaje elegido estamos trazando cuando dibujamos las genealogías ajenas. A menudo fue el azar –concurrente, diría Lezama– la causa primera de mi trato con documentos de Gertrudis Gómez de Avellaneda, Juana de Ibarbouro, Ofelia Rodríguez Acosta, Dulce María Loynaz, Camila Henríquez Ureña y algunas otras. Cada una de ellas eligió, a su hora, a quiénes distinguir en cada intercambio y colaboración, con afectos o proyectos comunes. Ellas nos dieron ese ejemplo. Para aprender más sobre el pasado y los documentos de archivo, claro está que el azar no es lo único decisivo: es preciso trabajar incansablemente sin abandonar el compromiso con que nos lanzamos a la aventura, sin desmayar.

Compartiré algunas experiencias a partir de mi práctica en el trabajo con archivos, sobre todo en fondos pertenecientes al magnífico archivo literario del Instituto de Literatura y Lingüística José Antonio Portuondo Valdor, donde trabajo desde hace más de treinta años y el cual guarda multitud de manuscritos, fotografías y otros materiales que dan cuenta de la vida intelectual cubana y de numerosos vínculos más allá de las fronteras geográficas de la Isla. Salvo el precioso Álbum de autógrafos de Gertrudis Gómez de Avellaneda o las cartas de Ofelia Rodríguez Acosta a Rosa Arciniega –cuya existencia me descubrió, precisamente en aquel encuentro de Lima, Inmaculada Lergo– el resto de los textos a los que aludiré aquí pertenecen a los fondos de la Biblioteca Fernando Ortiz de la referida institución. El archivo resguarda fondos institucionales –los de la Sociedad Económica de Amigos del País, por ejemplo–,

fondos familiares –los de las familias Henríquez Ureña o Borrero– y fondos personales como los de Nicolás Guillén, Mirta Aguirre o Fernando Ortiz, muchos de ellos legados por sus generadores o su familia a la institución, y otros fondos que, tras pasar de un repositorio a otro, terminaron por disímiles razones entre los papeles que hoy pueden consultarse allí.

La labor institucional es mucho más amplia que el trabajo de archivo, desde luego, y podríamos añadir el empeño de investigación que produjo obras como la *Historia de la literatura cubana*, en tres tomos (2002, 2003, 2008); el *Diccionario de obras cubanas de ensayo y crítica*, en dos tomos (2013, 2018); u *Obras y personajes de la literatura cubana*, también en dos tomos (2016); para referirme solo a las producciones sobre literatura. Desde 1991, cuando la fundó Susana Montero, existe además en el Instituto de Literatura y Lingüística la Cátedra Gertrudis Gómez de Avellaneda, cuyas actividades coordino. La majestuosa presencia de Avellaneda en el ambiente cultural de su tiempo la muestra como una influyente parte de esa comunidad intelectual. Empecemos por ella, quien simboliza además el primer gran referente feminista entre las cubanas, no solo por su excelencia creativa, sino por su persistente empeño en generar espacios de intercambio con otras autoras.

2. UN ÁLBUM DE AUTÓGRAFOS DE GERTRUDIS GÓMEZ DE AVELLANEDA

En otro trabajo he explicado cuán inesperada fue la adquisición de este álbum por las autoridades culturales cubanas en ocasión del bicentenario de la autora, en 2014 (Capote Cruz 2015). Se trata de un álbum de autógrafos reunidos por Avellaneda, encuadernado en cuero, que reúne, además de las cartas recibidas, notas suyas, añadidas en su mayoría entre 1859 y 1860 (momento de su retorno a Cuba con su segundo esposo, Domingo Verdugo, en compañía del recién nombrado gobernador y capitán general Francisco Serrano y de su esposa, la cubana Antonia Domínguez, Duquesa de la Torre).

Hay en ese álbum varios testimonios de cercanos intercambios entre mujeres y el testimonio de sus acuerdos y disensiones.

Este álbum fue previa y parcialmente publicado por el célebre bibliógrafo cubano Domingo Figarola-Caneda², entusiasta admirador de la obra de Avellaneda, y tendrá una nueva edición por la Editorial del CSIC en una transcripción más fidedigna y completa. Cuando escribo aquí que había sido parcialmente publicada, me refiero no solo a que no se hayan dado todas las cartas a la imprenta, sino a que, de las notas añadidas por Avellaneda, lo más sustantivo e interesante del álbum, solo se publicaron las menos potentes. Nunca sabremos si se trató de censurarlas para cuidar el buen nombre de la autora o de sus corresponsales, o si fueron supresiones involuntarias, dictadas por la premura del copista inicial, del cual las obtuvo Figarola-Caneda. En cualquier caso, tales comentarios son de lo más peculiar de la colección. Voy a servirme del borrador editorial del álbum para mi comentario. Entre las corresponsales de Avellaneda, están *Fernán Caballero*, Concepción Arenal, la Condesa de Merlín, Marietta Alboni y Matilde Díez, la emperatriz Eugenia y las duquesas De la Torre y De Montpensier.

La firmada por Eugenia de Montijo (1826-1920) abre la colección de cartas. Al pie, asegura su destinataria, antes de consignar la fecha, 1859: “Esta primera carta autógrafa fue escrita dos años antes de que su autora Eugenia del Montijo, Condesa de Teba, fuese emperatriz de los franceses, cual lo es hoy día” (Figarola-Caneda 1929: 134-135). La datación es importante porque permite saber cuándo Avellaneda decidió armar un álbum, varios años después de haber recibido la carta. El álbum es, por eso, una especie de balance de vida; parcial, recortado, quizás incluso escenificado –Avellaneda era muy consciente de su gloria futura, a pesar de todo–; pero aun así útil para entregarnos esa visión fragmentaria de sus relaciones y sus intercambios epistolares.

² Más bien por su viuda, pues, aunque Figarola había compilado el material, la edición definitiva y póstuma correspondió a Emilia Boxhorn. Véase Figarola-Caneda (1929).

Otra de las aristócratas con las que tuvo amistad fue Luisa Fernanda de Borbón (1832-1897), infanta de España, que adquirió el ducado de Montpensier al casarse en 1846 con Antonio María de Orleáns. Se estableció en el palacio de San Telmo, en Sevilla, en 1848. A ella dedicó Avellaneda su drama *Catilina* (1867).

La duquesa de la Torre y marquesa de San Antonio, la cubana Antonia de la Torre, la acompañó bastante durante su estancia en Cuba. A ella, casada con el general Francisco Serrano, capitán general, le dedicaría Avellaneda la “Serenata de Cuba” y la novela *El artista barquero o los cuatro cinco de junio*, publicada en La Habana en 1861. Por aquellas fechas, Avellaneda escribía en su álbum, al pie de la carta, que no aparece en Figarola-Caneda: “Si la hermosura es una soberanía este lindo autógrafo tendría derecho a figurar entre los primeros de estos cuadernos. La esposa del actual Capitán G[enera]l. De la Isla de Cuba es bella entre las bellas”. Su amistad les permitía igualmente quejarse de una irritación bucal y hablar de los progresos de la hijita del joven matrimonio, tanto como acordar un espacio de socialización más amplio y apoyar solicitudes ajenas. Queda testimonio en la aceptación de la también Condesa de San Antonio de una anunciada visita de Avellaneda para presentarle a unas señoras y en la promesa de asignación un esclavo emancipado para una amiga suya, directora de la Escuela de Señoritas de Cárdenas, Mme. Parent³.

A la aristocracia pertenecía asimismo quien la llamaba sinceramente “Mi estimada [también mi apreciable] paisanita”: la condesa de Merlín, María de las Mercedes Santa Cruz y Montalvo (1789-1852), cuyos *Apuntes biográficos* prologó Avellaneda sin complacencias. Digno de recuerdo es ese juicio suyo acerca de la experiencia de la emigración que las unía y lo mismo aplica para su

³ Copio aquí un fragmento de mi introducción al Álbum, todavía inédita: El hábito de emplear exesclavos que habían quedado a disposición del gobierno parecía un modo más de perpetuar las relaciones de sujeción previas. Avellaneda, educada en una sociedad esclavista, no tenía reparos en interceder para que Mme. Parent, directora de la Escuela de Señoritas de Cárdenas, pudiera disponer de ese personal de servicio seguramente gratuito. Ella misma contabiliza entre sus bienes, según su testamento habanero del 11 de enero de 1864, a «cinco negros emancipados» (Figarola-Caneda 1929: 33).

gesto distante cuando comenta cómo la condesa no solo se había habituado a vivir en suelo extraño, sino que también había aceptado cumplir los “deberes sociales de la mujer” y “la medida estrecha del código que los prescribe” (Gómez de Avellaneda [1844] 2005) a costa de la gracia de su estilo. La amistad no cancelaba la claridad del juicio literario. En la nota correspondiente a sus cartas, escribe Avellaneda:

La Condesa de Merlín murió algún tiempo después de escrita esta carta, y de haberla yo oído y admirado en uno de los brillantes conciertos que daba en su casa, en la que reunía cuantas celebridades encierra París, y entre las cuales se contaba ella por el doble derecho de escritora elegante y eminente cantatriz. «Año de 60» (Figarola-Caneda, 1929: 157).

En sus cartas, Merlín le ofrece colaborar en sus revistas y abrigo en su casa de Versalles. *Fernán Caballero* solicitará socorro para un amigo de su familia. Acerca de ella, comenta la cubana: “la Walter Scott de España [...], que después de tener el gusto de contarle entre mis amigos más caros, el autor de *La Gaviota* y tantas otras bellísimas obras me cautiva menos por su ingenio que por las cualidades aún más raras de su generoso y excelente corazón”. Ni la carta ni la nota aparecen en la edición de Figarola.

Inspirada por el homenaje que los obreros de Barcelona le rindieran a Avellaneda, por su parte, Concepción Arenal le cuenta de unos versos escritos en su honor:

porque me pareció que debían tomar acta del suceso las personas pensadoras; lo segundo, por comprometerla a ud. de la manera que yo puedo a romper su neutralidad; y por último, porque teniendo mi homenaje muchos puntos de contacto con el de los obreros catalanes, me lisonjeaba que les fuese a ud. grato. Mandé pues los adjuntos versos a un periódico (el nombre importa poco) suprimí el mío porque no se creyera que el deseo de sacarle de la insignificancia me guiaba, y aunque sé que somos muy pocos los que sinceramente deseamos el triunfo del talento, y estamos dispuestos a reconocerle y respetarle, todavía me pareció que a favor del anónimo era posible que pasasen mis cuartetas. ¡Ilusión! La aduana literaria está

perfectamente montada, y es género de ilícito comercio cualquier mercancía que no venga en bandera nacional: mis versos son extranjeros en todos los puertos, debían decomisarles y se decomisaron.

Levantisca, Arenal le merece a la cubana un juicio solidario:

La autora de esta carta, poco conocida en España como escritora, es, sin embargo, uno de los más grandes talentos que de su sexo. Sus artículos políticos, publicados sin firma en el periódico *La Iberia*, bastarían a su reputación, si no la hubiera desdeñado por modestia o por misantropía. Es, además, poeta no vulgar, y de los más desgraciados de cuantos recibieron del cielo ese don funesto que parece incompatible con la fortuna (Año 59) (Figarola-Caneda 1929: 124-125).

Los testimonios de tales contactos entre escritoras bastarían para testificar cuán crucial fue Gómez de Avellaneda al generar espacios de interlocución propios para la discusión de las ventajas negadas a las mujeres por el patriarcado. El rechazo a su entrada en la Real Academia española seguiría generando apoyos solidarios y discusión aun después de su muerte, (Véase Emilia Pardo Bazán o las autoras de *Minerva*)⁴, pero, como bien ha dicho Pura Fernández, Avellaneda fue además una “gran gestora de redes periodísticas femeninas” (Fernández 2019: 19): fundó una revista paradigmática en tanto gestión de la memoria y la proyección pública de las mujeres, el *Álbum Cubano de lo Bueno y lo Bello* (La Habana, 1860) y, para seguir legándonos un ejemplo, incluyó en ella una “Galería de

⁴ Las cartas de Emilia Pardo Bazán le fueron dedicadas a “Avellaneda (en los Campos Elíseos)” y, aunque no se incluyen en el álbum, son una muestra de la construcción de una genealogía: Pardo Bazán invoca a Tula, la llama “mi excelsa compañera”, “amiga, a pesar de la muerte”, “ilustre compañera”, mientras pasa a relatarle cómo se reproducen los abusos patriarcales que tampoco a ella le han permitido entrar en la Academia. Fechadas en febrero de 1889, son cartas de una ironía y una dignidad contundentes en su denuncia de cómo la egregia corporación mantiene su hostilidad a las mujeres e incluso se ha incrementado desde los tiempos de Avellaneda. Véase Figarola Caneda (1929: 162-171). A propósito de las cartas de Pardo Bazán, las redactoras de la revista habanera *Minerva* también discutieron el tema.

mujeres célebres”, en la cual alababa las virtudes públicas de Victoria Colonna, Catalina de Rusia, Isabel la Católica, Santa Teresa o Safo.

Como claro espacio de profesionalización de la escritura, el *Álbum* contó con varias colaboradoras: Luisa Pérez de Zambrana y su hermana Julia Pérez Montes de Oca, Virginia Felicia Auber, Elena Gómez de Avellaneda de Cerro, Martina Pierra de Poo, Mercedes Valdés Mendoza, Dolores Cabrera y Heredia y Luisa de Franchi Alfaro de Herrera Dávila. La profesionalización fue un impulso caro a Avellaneda, quien luchó siempre por dignificar la escritura y vivir de sus méritos literarios. Al ofrecer publicidad a la obra de estas escritoras, estaba forjando un ambiente de reconocimiento mutuo y colaboración en igualdad con sus correspondientes colegas varones. No fue un mérito únicamente suyo, claro está, pero su revista, dedicada a las mujeres y dirigida por una, ofrecía un ámbito de realización y articulación pública peculiar, con lo cual creaba, al mismo tiempo, una comunidad de lectoras.

Hacia fines del siglo XIX, la sociabilidad de las escritoras cubanas abundaba en estrategias que iban de lo personal a lo social, de lo íntimo a lo público, trazando un mapa de afinidades y solidaridad. El *Álbum poético-fotográfico de las escritoras cubanas* (La Habana, 1868) da fe de ese hábito de compañía. Publicado por Domitila García Coronado, el *Álbum* estaba dedicado a Gertrudis Gómez de Avellaneda, que merece el homenaje no solo porque supo imponerse a golpe de talento, sino porque legó un ejemplo de solidaridad y estímulo como modelo de relación entre escritoras: “La eminente Avellaneda reconoció y encomió el mérito de Luisa [se refiere a Luisa Pérez de Zambrana] y ambas se enlazaron por las simpatías del genio y los lazos de la más estrecha amistad” (25). Esta nota de Domitila es de importancia suma. Luisa era el modelo de mujer y poetisa que la crítica en Cuba siempre opuso a Avellaneda. Ella fue, también, quien la coronó en el homenaje que se le hiciera a su llegada a Cuba. Avellaneda correspondió siempre y ambas eligieron acompañarse. A Domitila García debemos el impulso, inspirada en aquel ejemplo, de gestar un retrato de grupo que pueda dar fe de la existencia y valía de sus contemporáneas.

3. LA EXPERIENCIA DE *MINERVA*

Veinte años después, entre noviembre de 1888 y julio de 1899, se publicó en La Habana, bajo la dirección del periodista Miguel Gualba⁵, la revista *Minerva*. Entre las articulistas de la revista destacaban Úrsula Coimbra de Valverde, quien firmaba con el seudónimo *Cecilia* y cuyo liderazgo era reconocido por el resto de las colaboradoras [la llamaban “heroína de nuestra raza”, “genio pensador que ha articulado a nuestras hermanas”] y Cristina Ayala, que defendía la necesidad de educación para hombres y mujeres negros y mestizos. También en diálogo con las feministas españolas, Laura Clarens publicó un artículo sobre la negativa de la Academia a aceptar a Gertrudis Gómez de Avellaneda, con referencias al que, sobre ese tema, había publicado Emilia Pardo Bazán en *El Eco de Galicia*. A pesar de su corta duración, *Minerva* constituyó una tribuna de expresión para las mujeres negras y mestizas –incluso alguna que había sido esclava, como María Ángela Storini– que buscaban la reivindicación y la libertad, no solo como mujeres, sino también como miembros de un grupo social emergente después la Guerra de los Diez Años y el fin de la esclavitud.

4. MARIBLANCA SABAS ALOMÁ, PERIODISMO FEMINISTA Y CORRESPONDENCIA PRIVADA

Precisamente, el periodismo es la labor que permite a muchas escritoras vivir de su pluma. En 1930, Mariblanca Sabas Alomá publicaba *Feminismo. Cuestiones sociales y crítica literaria* a partir de su columna habitual en la revista habanera *Carteles*, no solo un espacio de socialización y acompañamiento entre escritoras con frecuentes comentarios críticos sobre libros de Teresa de la Parra u Ofelia Rodríguez Acosta, sino el lugar donde ejercita su solidaridad con las empleadas del *Ten-Cent* por el derecho a sentarse durante

⁵ Véase Barcia (2009: 118), quien ha comentado que, en la época, “las mujeres, salvo en el caso de ser viudas, no tenían entidad jurídica para ocupar cargos”.

la jornada laboral o impugna la condena de una mujer boliviana, encarcelada en Chile porque mató a su esposo en defensa propia.

Feminista por antonomasia, Mariblanca dio muestras de una precocidad intelectual tremenda: solía publicar poesía en periódicos y revistas y todavía no había cumplido los 20 años cuando dio a las prensas su opúsculo *La rémora. Estudio conceptuoso y analítico de la Religión en sus distintas fases, creadas por los que viven a costa del fanatismo* (1921); luego sería la más joven delegada al Primer Congreso Nacional de Mujeres, celebrado en La Habana en 1923. Muy ampliamente conocida en Cuba, Sabas Alomá logró tejer una extensa red de relaciones, solidaridad y colaboración. Sus columnas periodísticas operaban como tertulias abiertas, y allí solía dialogar con cartas enviadas por otros intelectuales –notoriamente, por varias feministas (Ofelia Rodríguez Acosta, Sarah Méndez Capote, Flora Díaz Parrado)–, a quienes citaba en abundancia para contribuir a los debates en curso no solo en la isla, sino también en el extranjero, como cuando divulga el habido entre Carrie Chapman Catt y Clotilde Betances Jaeger (“Efectivamente, Sra. Chapman Catt...”)⁶ a propósito de un artículo de la norteamericana en el cual consideraba a las feministas latinoamericanas una amenaza para las relaciones entre los Estados Unidos y el resto del continente (Sabas Alomá 2003)⁶: Al feminismo partidario de la injerencia yanqui en

⁶ El asunto podría resumirse así: en un artículo publicado por Chapman Catt en el *Herald Tribune*, critica la norteamericana “las actividades femeninas de las mujeres centro y suramericanas, lanzando contra ellas una acusación que no por ser falsamente proferida tiene fundamentos de racionalidad. Expresa, entre otras cosas, la furibunda líder del feminismo *Made in U. S. A.*, que la mujer latinoamericana es una amenaza para las amigables y pacíficas relaciones entre los Estados Unidos y la América del Sur”. En opinión de Mariblanca, como esas relaciones se condensan en “la odiosa penetración económica y en la infame penetración política que nos están convirtiendo en esclavos docilizados a punta de bota y fuerza de látigo”, pues es un orgullo reconocer que, en efecto, “las mujeres de toda la América indígena-hispánica trataremos por todos los medios posibles de destruir esa relación”. Orgullosa, repite una frase suya citada por Betances de Jaegger en su respuesta a la estadounidense: “Seremos revolucionarias para dar a la Justicia el alto sentido y recta interpretación que ahora le faltan”. La visión proimperialista de Chapman Catt se resuelve acusando a sus levantiscas cofrades del Sur por negar la paz, exigiéndoles “comprensión de la moderna civilización”. La discusión del momento sobre la intervención estadounidense en Nicaragua movilizaba la opinión y

las repúblicas americanas, las caribeñas oponen la fuerza de las organizaciones feministas de todo el continente, de las mujeres que trabajan por un mundo de “seres libres” (Betances, citada por Sabas Alomá 2003: 173) y se oponen a la intervención en Nicaragua y otros abusos imperialistas. Mariblanca, ampliando el eco continental de la discusión, opina que Magda Portal no escribe “ni para las mujeres ni como mujer, sino simple y llanamente como intelectual y para todo el mundo” (Sabas Alomá 2003:174) antes de citarla: “Ya nadie mira con indiferencia [...] la anexión de las Antillas, y en cada una de las nuevas conciencias de los hombres de América, repercute con toda su gravedad el alerta heroico de Nicaragua” (Portal, citada por Sabas Alomá 2003:174). Para concluir, Mariblanca llama a todas las mujeres de América a adherir las declaraciones de Betances de Jaegger. Otro modo de construir espacios comunes y redes de apoyo público.

A propósito, vale mencionar también las discusiones suscitadas en el contexto caribeño sobre cómo llevar adelante la lucha feminista. Al recibir noticias de la constitución de Acción Feminista Dominicana en 1931, Mariblanca adoptó un tono magistral que molestó a las quisqueyanas, como era de esperar. Les recomendó lecturas (*Guía de la mujer inteligente*, de George Bernard Shaw y *La mujer nueva y la moral sexual*, de Alexandra Kollontay), y hacer a un lado los “prejuicios religiosos” (Sabas Alomá [1931] 2016: 570) que daban cierto aire conservador y reaccionario al manifiesto fundacional. Como era de esperarse, hubo polémica. Concordando con la cubana, desde La Vega, Melania Thevenin explicó por qué había

la acción de las feministas comprometidas y Mariblanca cita a Magda Portal, recomendándole a Chapman Catt su lectura: “Ya nadie mira con indiferencia la anexión de las Antillas, y en cada una de las nuevas conciencias de los hombres de América, repercute con toda su trágica gravedad el alerta de Nicaragua”. Luego de referirse a compañeros de lucha y afirmar que Portal “no escribe *para* las mujeres ni *como* mujer, sino simple y llanamente como intelectual y para todo el mundo”, recrimina a la norteamericana ubicarse en su reflexión como “ciudadana yanqui más que en su condición de mujer”, pues las mujeres de este lado del mundo han elegido ponerse del lado de Augusto César Sandino y el pueblo nicaragüense. Concluye su diatriba afirmando esa toma de partido: “Somos revolucionarias porque queremos darle a la justicia el alto sentido y recta interpretación que ahora le faltan...” (Sabas Alomá 2003: 170-175).

decidido mantenerse al margen de la fundación de la asociación: “Tenemos que convenir que el feminismo de Santo Domingo es un mito, la mujer dominicana no está preparada para ser feminista, ella descarta la igualdad social y es en extremo religiosa: ruborizándola toda evolución” (Thevenin [1931] 2016: 571). Abigaíl Mejía, por su parte, comenta las lecturas que ya han hecho y su decisión de mantener la religión como valor y como, aun considerando a la mujer dueña de su cuerpo, condenan la prostitución. Son debates documentados que también contribuyen a ilustrarnos sobre las redes ciertamente existentes entre las mujeres de nuestra América.

Documentada ya la actividad periodística y la capacidad de interlocución internacional de Mariblanca Sabas Alomá, voy a centrarme en su relación con la poetisa uruguaya Juana de Ibarbourou, frecuentemente presente en la prensa cubana y corresponsal de otros cubanos de la hora, como Juan Marinello, Ofelia Rodríguez Acosta, María Álvarez Ríos, Rafael Esténger, Antonio Sánchez de Bustamante y Mary Morandeira. En el archivo del Instituto de Literatura y Lingüística se conservan sus cartas a Mariblanca. Aunque no suele aludirse en las biografías y notas críticas a la obra de Juana, la suya con Mariblanca fue una amistad de décadas; juntas urdieron proyectos, incluso, de convivencia. Las cartas de Juana a Mariblanca enlazan dos naturalezas distintas. Mariblanca fue una mujer pública, periodista, feminista activa, y ocupó cargos políticos importantes en el Partido Revolucionario (Auténtico), en cuyos actos participó como oradora y a cuya campaña política prestó su imagen, que llegó a ilustrar cajas de fósforos en tiempos de elecciones. Su compromiso con el partido y con su líder, Carlos Prío Socarrás, la llevó a ejercer funciones de “ministra sin cartera”. Ostentando ese cargo, fue nombrada embajadora extraordinaria del Gobierno cubano en las ceremonias de transmisión del mando presidencial en Montevideo, ocasión en que le impuso la Orden Nacional de Mérito Carlos Manuel de Céspedes a Juana de Ibarbourou en ceremonia efectuada en la Embajada de Cuba en Uruguay el 21 de diciembre de 1951.

Aunque la autora de *La rémora* no pareciera ser la interlocutora ideal de quien firmaría luego *Loores de Nuestra Señora o Estampas de la Biblia*, ambas trenzaron un afecto profundo y sostenido. Juana enviaría a Mariblanca noticias detalladas de su vida, regalos, poemas, y hasta el programa de su postulación para el Nobel. Aunque las cuarenta cartas manuscritas que se conservan en el Instituto de Literatura y Lingüística se escribieron entre 1924 y 1967, podemos suponer, no obstante, que la relación había comenzado antes, pues en la más antigua que he podido consultar, Juana ya la llama familiarmente “Querida Marita”. Desde 1919, Juana había publicado en Cuba –en la revista *Orto*, de Manzanillo, una de las más relevantes publicaciones de su tiempo– y Mariblanca, en uno de sus textos de *Carteles*, declaraba haber comenzado la correspondencia con Juana en 1921. Muchos años después, en 1970, la cubana urgiría a su vieja amiga a viajar a Cuba para celebrar el luego frustrado éxito de la zafra de los Diez Millones. Una nota al margen ruega, perentoria: “Ven”. El ansia de verse reaparece una y otra vez a lo largo de toda la correspondencia. Es permanente en las epístolas muchas veces dolorosas, confesionales casi, de Juana. Esa urgencia entrañable por la presencia de la otra, su avidez de comunicación y de cariño, de la protección que significaba para ella confiarse en Mariblanca, puede percibirse en el atropello visible en los márgenes copados de anotaciones, las infaltables postdatas, incluso sobrescritas encima del texto principal, y otros entresijos que han hecho de nuestra labor de desentrañamiento una tarea ardua.

Mariblanca viajaría en dos ocasiones a Montevideo a encontrarse con Juana. Esta haría planes –siempre frustrados fatalmente por las adversidades más inesperadas– para venir a Cuba, y hasta planearon, según parece, comprar juntas una casita en la playa de Santa María del Mar. Juana, que se dirigía a Mariblanca como “Mi gallarda”, “negra leal” o “Mi Embajadora querida” y firmaba “Tu Juanota”, recibió una pensión del gobierno de la Isla como embajadora cultural de Cuba. Sus promesas, proyectos y recados con otros cubanos que pasaron por Montevideo hacen de estas cartas un manojo de sentimientos y complicidades, tanto como un

contundente testimonio de cuán ligada terminó por sentirse a Cuba esa mujer, que declaraba: “Cuba me tira como si fuese cubana neta en exilio” y llegaría a preguntarse, dolorida: “¿Por qué La Habana no está en la esquina de mi casa?”.

5. OFELIA RODRÍGUEZ ACOSTA Y ROSA ARCINIEGA. ENTREVISTA, RESEÑA, CORRESPONDENCIA

Durante mi intervención en el congreso celebrado en la Pontificia Universidad Católica del Perú en octubre de 2023, mencioné a otra escritora sobre cuya obra he vuelto una y otra vez. Ofelia Rodríguez Acosta (La Habana, 1902-1975) es una de las autoras más sobresalientes de la narrativa cubana. A propósito, Inmaculada Lergo, estudiosa del legado de Rosa Arciniega, compartió conmigo unas cartas de la cubana dirigidas a la autora peruana. Fue un hallazgo de archivo, como registra la jerga legal, “por interpósita persona”. Un regalo magnífico cuyo conocimiento amplió mi percepción acerca de la vida de Rodríguez Acosta en dos espacios poco explorados: España y México. Las cartas de Ofelia a Arciniega testimonian una relación bastante íntima y hasta cierto despecho de la cubana frente a la desatención de su interlocutora.

Hasta ese momento, Rosa Arciniega solo había aparecido en mi investigación porque ambas compartieron una página del suplemento de *El Regional de Sonora* (México) en el que Hortensia Blanch Pita, bajo el seudónimo de *Silvia Mistral*, publicaba una entrevista a la novelista cubana (Mistral 1957). Además, se incluía “Agonía”, un cuento suyo; una nota de Alfonso Reyes sobre “La inquietud cósmica”; “Efemérides de la novela”, de Rosa Arciniega, y un poema de Margarita Paz Paredes. Había pocos indicios, además de esa vecindad gráfica: una elogiosa reseña de la “formidable novela” *Engranajes* publicada en *El Mundo*, según recuerda Rodríguez Acosta en aquella entrevista de *Crónica*, y una dedicatoria de *La vida manda* (1929), fechada en Madrid en 1933. Lo curioso es que en su reseña de *El Mundo* dudaba incluso acerca de la nacionalidad de la autora cuya novela comentaba: “¿peruana? ¿argentina?”

¿chilena?, creemos que peruana” (Rodríguez Acosta 1932). Apenas unos meses más tarde le dedicaba su más reciente novela en estos términos: “A Rosa Arciniega, a su espíritu: luces trágicas y sombras serenas. Con la amistad de...”. Sin dudas la cubana había quedado deslumbrada por la personalidad y el aspecto de Rosa, quien solía engominarse el pelo, maquillarse el rostro, y usar ropa masculina.

Luego Rodríguez Acosta publicará un comentario sobre *Vidas de celuloide* que denotaba su amplio conocimiento de la obra de su coetánea y de su naturaleza: “una exploradora intravertida [sic] en la busca obsesionante de más y más fecundas posibilidades”, alguien que escribía “arriesgándose siempre, exponiéndose, como si en ella el instinto de la heroicidad anulara el de conservación” (Rodríguez Acosta 1935: 31). Allí también anuncia la próxima empresa editorial de Arciniega, la biografía de Pizarro, sin saber quizás que juntas irían a Trujillo, la patria chica del conquistador. Para septiembre de 1933, Rodríguez Acosta se hallaba en Madrid, entrevistando a Rosa. Su afecto y admiración por Arciniega no decaerían. En *La Crónica*, un periódico limeño, aparece la conversación, ilustrada con una foto de ambas. Escritoras exitosas las dos, aquel diálogo vino a comprobar su cercanía y la fascinación de la cubana por la personalidad y la escritura de la peruana:

En cierta ocasión escribimos en nuestra sección de *El Mundo*, de la Habana, una crónica sobre su formidable novela *Engranajes*. Descubrimos en ella una escritora de alto calibre. Novela recia, dura, amarga. Hecha, sin hipérbole, de mano maestra. Con una alta intención social, y con un estilo sobrio, filoso. Conocíamos también su segunda novela, *Jaque mate*, que recibimos, gentilmente dedicada, poco antes de salir de Cuba. Esta novela es un verdadero documento histórico. En ella glosa la Arciniega, en un estudio acertado, el tipo del Dictador europeo. Es un libro que hará época, por cuanto marca el momento político universal como una definitiva señal de los tiempos. El enorme interés que sentíamos por conocer personalmente a tan alta y profunda escritora, nos llevó a establecer una relación de conocimiento directo con ella. Con exquisita cortesía aceptó nuestra solicitud de visitarla (Rodríguez Acosta 1932).

Si tuviéramos que datar el primer encuentro de estas mujeres, sería esa vez. Ofelia se ofrece gustosa a edificar el mito Rosa Arciniega, que había abonado ya con alabanzas en sus artículos previos. Su fascinación frente a esa mujer dada reciamente al trabajo, a quien luego, en la intimidad, llamaría Leda, consigue darnos un retrato completo. Comienza por describir su estudio, al cual Rosa, “con elegante sentido bohemio”, trata de buhardilla. En medio de un “cálido ambiente artístico” en que “los libros parecen agacharse debajo de las repisas, grávidas de objetos caprichosos”, la entrevistadora permanece expectante. Entonces, aparece Rosa, quien “se desliza como una sombra y nos tiende una mano cordial. Es una mujer que, sin ser alta, lo parece. Viste de cuello y corbata, con americana gris a cuadros. El pelo, negrísimo, se ondula levemente dejando sus pequeñas orejas y su nuca desnudas. En el fondo de su traje masculino resaltan sus manos eminentemente femeninas”. Cuando Rodríguez Acosta le habla de sus triunfos madrileños, Arciniega se declara trabajadora incansable: “Estoy satisfecha de mi propio esfuerzo, por lo que ha dado en frutos de afecto y camaradería”, al tiempo que relata sus inicios allá: como reportera, entrevistadora, anduvo toda España, incluso arriesgándose en zonas de peligro adonde debió “viajar con pistola”; cuando decayó el reportaje publicó *Engranajes* y comenzó a dar conferencias y escribir crónicas, publicó hasta en once periódicos al mismo tiempo, sin respiro. Cuando la cubana le pregunta por el trabajo previo de documentación, Arciniega afirma que lo suyo es solo poder de observación; una capacidad entrenada desde siempre. Cuando su visitante alaba *Jaque mate* como “novela vidente” por su descripción del proceso de auge y caída del dictador, la entrevistada adelanta que quizás sea una coincidencia... Cuando la acusa de modesta, Rosa lo niega. Cuando le habla de su manifiesto interés por la política, apenas señala que es “la nota del día”. Ojeando *Mosko-Strom*, recién salida de imprenta, la visitante habla de talento fecundo. La anfitriona revira amablemente con “Es preciso trabajar, diga usted con más exactitud”. Luego de la confesión final, en que admite

vivir enclaustrada, trabajando, sin salir apenas, Rosa le promete que saldrán alguna vez a pasear juntas “por las callejuelas de Madrid”.

Si vamos a creerlas, en aquella ocasión se encontraban por primera vez. La cercanía fue haciéndose más estrecha. Sabemos también que le dedicó *Dolientes*; sabemos que su amistad prosperó, porque Rodríguez Acosta menciona el viaje a Trujillo que hicieron juntas, mientras Rosa preparaba su biografía de Pizarro, y sabemos, también, que la admiración de Ofelia rayaba en enamoramiento:

Rosa, dime, ¿has encontrado en la vida una amiga que hayas podido querer más que a mí? Porque lo haya merecido, es fácil; pero ¿también ha sido fácil para ti el sentirlo? ¿Te acuerdas, Leda, cómo éramos amigas en Madrid? Ninguna otra entró en la habitación de tu hija enferma, y jugó con Pepe tirándose las almohadas de un lado a otro del cuarto. Ninguna otra, hasta entonces, se sentó a tu mesa a compartir tu pan, tu sal y tu agua. Yo, ¿recuerdas cómo es mi corazón? he amado algunas veces en estos años. He llegado a comprender que la gente acaba por tenerle miedo a mi corazón. ¡Es tan demoníacamente fogoso! He sorprendido a veces un cierto asombro lleno de pavor ante la generosidad de mis sentimientos. Curioso que la generosidad asuste más que el egoísmo. ¿Será porque causa remordimientos? ¿Será por aquello de “nobleza obliga”? ¡Y nadie se quiere sentir obligado, qué diablos! (Rodríguez Acosta 1942)

Sabemos, también, que Rodríguez Acosta sufrió mucho el silencio de Arciniega, quien al parecer no le concedió juicio literario público ni privado, pues es una constante en su correspondencia la preocupación por saber qué opinaba su amiga sobre sus novelas. Todavía en 1958, la antigua amiga de los tiempos madrileños solicitaba, comedidamente, aunque fuera una señal de recordación y afecto. Luego de darle noticias suyas, le pedía: “Prefiero una carta ‘muy conversadora’, pero si no tienes tiempo envíame al menos una postal para saber de ti, y dónde te hallas, y si por fin vienes a México” (Rodríguez Acosta 1958). Son estas revelaciones inesperadas un fruto de la conjunción del azar, el trabajo y la solidaridad intelectual. Son revelaciones útiles para comprender mejor el lugar de Rodríguez Acosta en el contexto de su hora. Tales aventuras de

archivo proveen información útil a la investigación literaria y echan luz sobre espacios hasta entonces vedados o ignorados.

6. DULCE MARÍA LOYNAZ Y OFELIA RODRÍGUEZ ACOSTA, UNA NOTA MARGINAL

Otra de mis aventuras de archivo consistió en asumir el trabajo de transcripción y cotejo de los manuscritos de *Jardín. Novela lírica*, de Dulce María Loynaz. La novela, escrita entre 1928 y 1935, solo vino a publicarse en 1951. A Dulce María se la tenía por una autora que había permanecido varada en el posmodernismo de comienzos del siglo XX. Leyendo su novela, percibí cierto ímpetu feminista, pero nadie pensaba igual. A Loynaz suele asociársele con el lado más conservador de la sociedad cubana de su época. Cuando comencé a transcribir los manuscritos, me sorprendió hallar en sus páginas (ella tenía la costumbre de anotar direcciones, dibujar y escribir borradores de cartas en aquellas libretas, de las que no se separó en años) una carta suya dirigida a Rodríguez Acosta, quien era además una de las voceras más audibles del feminismo en aquellos años, y desde las páginas de *Bohemia*, revista de amplia circulación, llevó a cabo una serie de denuncias sobre la situación política y la explotación de las trabajadoras, además de comentarios de libros y temas de actualidad, sobre todo en defensa de los derechos de las mujeres. Esta carta no aparece en *Cartas que no se extraviaron* (1997) y sorprende el tono de reclamo de Loynaz:

No sabe Vd. qué fatigada ando llena de palabras inútiles que ni siquiera han merecido su atención.

Y ya ve; con ellas sigo hablando y hasta pretendo contarle una historieta vulgar y triste, que la lectura de sus recientes magníficas crónicas me impulsa en cierto modo a hacérsela conocer (Loynaz 2015: 475).

La historieta aludida es una denuncia del proceder abusivo de las grandes casas de moda, al someter a prueba a las modistas pobres antes de contratarlas. Ellas deben llevar un vestido elaborado primo-

rosamente y, aun si no logran el contrato, queda en manos de la tienda. Es comentario que alguien le hizo, y acude a su amiga para animarla a enfrentar “el friecito de las pequeñas injusticias de cada día” (Loynaz 2015: 476). En términos de escritura, es bastante simple. En términos históricos, provee argumentos para afirmar que Dulce María Loynaz no vivía precisamente fuera del mundo, como dijera ella en algún poema y como se ha empeñado en afirmar tanta crítica.

Son muchas las rutas que nos llevan de unas mujeres a otras; no siempre son visibles, no siempre forman parte del saber común. Por eso la indagación documental en archivos y bibliotecas amplía nuestra percepción de la biografía y las ideas de las autoras a cuyo estudio nos dedicamos. Esta carta nos ayuda a sostener la hipótesis que pretende estudiar a Dulce María Loynaz anclada en su contexto, y no leer su obra magnífica como un fruto extemporáneo de su talento.

7. DULCE MARÍA LOYNAZ Y GABRIELA MISTRAL.

UN DESENCUENTRO

Nuestras pesquisas de archivo nos permiten incluso asomarnos a la intimidad de nuestras antepasadas. Un caso ejemplar resulta la relación entre Dulce María Loynaz y Gabriela Mistral. En Cuba suele citarse mucho un desencuentro entre ambas. Dulce María, que sobrevivió a Gabriela y fue la encargada de prologar su poesía para Aguilar, lo contó así:

Me siento asombrada de haber podido ser amiga de Gabriela Mistral durante tanto tiempo. Ella pertenecía a ese tipo de personas que parecen una cosa y son otra. No estoy diciendo nada en contra de ella ni tendría derecho a decirlo, pero Gabriela era una mujer dura. La ternura que resumen sus versos para los niños, para los huérfanos de la guerra civil de España, son sentimientos que ella nunca sintió. Pero del talento de Gabriela nadie tiene derecho a dudar. [...] Finalmente entre nosotras ocurrió un incidente que dio lugar a que ella borrara la dedicatoria que me había hecho en un libro suyo, ya impreso, lo cual fue una tarea difícil para sus impresores [...]. Gabriela parecía -ella se decía- muy humana. Decía que quería

mucho a los niños y a los jóvenes y se interesó por conocer a las poetisas que empezaban, y me pidió que yo se las reuniera en mi casa. El día que estábamos reunidas se apareció Ciro Alegría, a quien yo no había invitado, y se apoderó de Gabriela. [...] Las muchachas que habían venido a hablar con ella tuvieron que irse muy defraudadas. Y después hubo otro incidente. Yo quise dar un almuerzo en su honor. Se lo dije a Gabriela, y le pregunté si estaba dispuesta a venir al almuerzo. Ella aceptó, y le pregunté entonces si admitía que invitara al embajador de su país en Cuba: dijo que sí y yo dispuse todo para el almuerzo. [...] Pasaron las doce y la una. Sonaron las dos y Gabriela no aparecía. Yo estaba desesperada, cuando recibí una llamada telefónica. [...] Más o menos oí que tenía más gusto en contemplar el mar de los trópicos que la cara fea del embajador. “Yo no voy de ninguna manera”. [...] El almuerzo transcurrió más bien como una velada fúnebre. Comprendo que entonces me dejé arrebatar por la amargura que me había dejado la inconsecuencia de una persona que yo había tratado de halagar en todo lo posible y sin embargo me hacía quedar en ridículo, y cuando regresó le dejé un papelito escrito en el que decía que como, al parecer, no se sentía bien en mi casa, yo creía que ella debería buscar otra más grata. Así acabó nuestra amistad. Ella entonces mandó borrar la dedicatoria en su libro (García 1992: 20).

Gabriela también había dejado su testimonio de aquel episodio en cartas privadas y su percepción había sido mucho más violenta, como le cuenta a Doris Dana:

Lo de Dulce María fue esto: brutalmente y sin choque alguno, dijo a la compañera que nos fuésemos al hotel. La razón puede ser el que yo hablé con María Blanca [sic], una vieja amiga mía a quien ella detesta. Cuando le pregunté por ella me respondió esta grosería y esta maldad: que vive en amores con una muchacha. La linda Dulce injuria sin escrúpulo alguno, como un carretonero. La pobre mujer me citó o yo la cité para vernos a la orilla del mar. Ella lo supo y su cara se volvió de demonio. El hombre [se refiere al periodista Pablo Álvarez de Cañas, esposo de Loynaz] es peor que ella. [...] Yo no sé cuál de los dos es peor; él es un bruto y ella, en la cólera, se vuelve también un animal. Sin razón alguna, dijo a la muchacha: “Mejor es irse al hotel”. Y nos fuimos. No perdimos nada. Yo comía mal allí y no podía recibir a mi gente en su casa. Lo único malo es que yo no

asistí a la última fiesta que hoy le hacen a Martí. Por eso ella hablará mal de mí y *hallará eco*. Son muchos los que como yo creen en esa especie de virgencita hipócrita y plebeya a pesar de sus apellidos *históricos*. El único fin de su convite debe haber sido *sacarme* mi voto en la Academia Sueca, dos votos, uno por ella y el otro por Concha Espina, una vieja gagá española. Hijita, yo no recuerdo ya si yo voté por Dulce María. (No voté por *Concha Espina*.) Y ésta es... académica española, parece. (Mistral 2009: 408).

Por tales descubrimientos disfrutamos tanto la inmersión en viejos papeles manuscritos o la lectura de periódicos antiguos. Traen consigo noticias del pasado, responden preguntas, nos dejan otras nuevas y vivifican el trabajo de investigación, que a veces se torna casi pesquisa policial. Dulce María prologaría, como mencioné arriba, la edición de Aguilar de la *Poesía completa* de la chilena con su inteligente “Gabriela y Lucila”, pero aquello fue, a juzgar por el relato de Gabriela, bastante más que un malentendido. Vale mucho tener las dos versiones del hecho. Queda para el futuro el hallazgo de nuevos documentos para echar luz sobre aquel episodio lamentable y, quién sabe si también inevitable.

8. CAMILA HENRÍQUEZ UREÑA. ACCIÓN EDUCATIVA Y MILITANCIA FEMINISTA

Otra parada posible en este curso desordenado por los archivos en los cuales me he ido sumergiendo durante mi vida, y que podrían a su vez conformar otra suerte de genealogía privada, íntima y pública a un tiempo, es el Fondo Camila Henríquez Ureña, integrado al fondo familiar de los Henríquez Ureña, resguardado en nuestra biblioteca Fernando Ortiz. A Camila le he dedicado casi tanto tiempo como a Loynaz, aunque los frutos no han sido tan espectaculares como una edición crítica. En 1994 se conmemoraba el centenario de su nacimiento y me tocó transcribir y prologar sus *Diarios de viaje* a Italia y España (Capote Cruz 1994: 9-17). Los correspondientes a los diarios de Sudamérica habían sido publicados ya por Diony Durán en la década de los ochenta (Henríquez Ureña 1988: 237-255). Una

década después, un grupo de investigación abordó todo lo conservado para editarlo en varios volúmenes (Henríquez Ureña 2004) y, con Sergio Guerra Vilaboy, asumimos la transcripción y el prólogo de los tomos II y IV, referidos a “La mujer” y “Diarios y temas diversos”, respectivamente. Fue la primera vez que sus textos se abordaron de conjunto, como parte de una obra total. Los diarios de viaje, discursos, conferencias y cursos de Camila dan cuenta de una movilidad tremenda: de sus contactos con organizaciones feministas en toda América, del lugar de su palabra y de su acción. Entre 1936 y 1939, Camila dirigió, con Uldarica Mañas, la revista del Lyceum habanero, una organización femenina que promovía actividades culturales y educativas y tenía el hábito ejemplar de dejarse gobernar por un trío de vicepresidentas, quienes se turnaban para presidirla durante ocho meses cada una. Siempre me ha parecido que, además de su enorme contribución a la vida cultural cubana, esa decisión, digamos, administrativa, merece ser imitada.

Por aquellas fechas dictó sus conferencias “Feminismo”, “La mujer y la cultura”, “La mujer ante el problema de la guerra y la paz” y tantas otras en defensa del derecho de las mujeres a la libertad y la cultura. Sus intervenciones interpelaban la actualidad, pero se servían igualmente de su amplia cultura para ilustrar el curso histórico y el origen económico de las desigualdades y la opresión y para leer la sujeción de la mujer como algo impuesto, no natural, sino con causas sociales explicables y reversibles. Ella inauguró el Tercer Congreso Nacional de Mujeres, el de más amplio espectro social hasta entonces. El ejercicio de solidaridad que evidentemente fue el Lyceum habanero, cuya revista dirigió, ganó con la formación amplia de Camila y su vocación política de izquierdas, que indudablemente contribuyeron a ampliar el alcance de la revista y de la institución, al tiempo que tendió redes a organizaciones y mujeres de otras tierras. Su actitud solidaria la llevaba igualmente a dar un discurso ante la Federación de Mujeres Universitarias en Buenos Aires que a entregar una donación de libros en la cárcel de mujeres de Guanabacoa. Su movilidad, y su enorme capacidad de construir diálogo y colaborar, la llevaron luego a trabajar como asesora edito-

rial del Fondo de Cultura Económica en México y de la Casa de las Américas en Cuba.

Laboró ampliamente por forjar una genealogía digna que estimulara a las mujeres de su tiempo. Sus textos sobre “La carta como forma de expresión literaria femenina”; sus indagaciones sobre las mujeres en la sociedad colonial y las monjas escritoras; su presentación de Gabriela Mistral en La Habana; y sus avances críticos sobre Mirta Aguirre, Silvina Ocampo, Clorinda Matto de Turner, María Luisa Bombal, Laura Mestre y Salomé Ureña, su madre, entre muchas otras; trazaron un camino de esfuerzo y solidaridad, con análisis informados y sensibles a un tiempo, una de esas “genealogías laterales” a que nos hemos referido aquí, con una belleza de lenguaje envidiable, además. Ese impulso solidario de Camila Henríquez Ureña halló su culmen cuando, al triunfo de la Revolución cubana, decidió volver a su patria de elección a trabajar en la Universidad de La Habana. Allí dejó una fructífera descendencia (ya que hablamos de genealogías): alumnas cuyas siguieron su ejemplo fundador y de investigación. Mirta Yáñez recogió los testimonios de sus antiguos alumnos y escribió un libro que tituló *Camila y Camila* (2003); pero no solo. Su colección de ensayos críticos *Cubanas a capítulo* (2000, 2012, 2019) también honra el legado de Camila y continúa su tarea. Ya en 1994, en el año de su centenario, Luisa Campuzano había fundado en la Casa de las Américas el Programa de Estudios de la Mujer y un Premio Extraordinario de Ensayo se inauguró ese año, cuando resultaría premiada Lucía Guerra por *La mujer fragmentada: historias de un signo* (Casañas, Fornet 1999: 207). Luisa, además, organizó durante treinta años un coloquio anual y en libros como *Las muchachas de La Habana no tienen temor de Dios...* (2004) sigue las huellas de Camila.

La contribución de Camila Henríquez Ureña al pensamiento y la acción feministas, a los cuales me he referido en otros espacios (Capote Cruz 2019: 201; 2023: 124-137), parecería inconmensurable. Todavía resulta productivo leerla e investigar sus huellas, como puede deducirse del trabajo presentado en aquel encuentro de Lima, por Lucía Stecher y María Yaksic, sobre su contribución a la

fundación de la colección editorial Biblioteca Americana del Fondo de Cultura Económica y de otros textos de investigación recientes (Tamayo Fernández 2023; Grandón Valenzuela 2022), además de la selección de textos *En sentido horizontal. Feminismo y otros escritos*, con selección y notas de Lucía Stecher Guzmán y prólogo de Alejandra Costamagna, publicada por la editorial Banda Propia en Santiago de Chile en 2023.

Volvamos a los archivos y a esos papeles de cuya riqueza proviene, precisamente, de las muchas sorpresas que guardan, de la gratificante aventura vital de descubrir e interpretar una página olvidada. Algo así experimenté hace poco. Andábamos preparándonos para conmemorar el cincuentenario de la muerte de Camila y solicité imágenes suyas a las responsables del archivo de mi Instituto. Entre algunas ya conocidas, aparecieron dos recortes de prensa que ya no recordaba. Uno, el reporte periodístico sobre la conferencia “Feminismo”, que Camila ofreciera en la Institución Hispano Cubana de Cultura en 1939, con una foto suya de ese día. Otro, una entrevista que le realizaran durante los trabajos preparatorios del Congreso Cultural de La Habana. Era 1967 y Camila integraba la mesa sobre la liberación de la mujer. En aquella entrevista, también con una foto suya, anciana ya, defendía el derecho al control de la natalidad, al aborto y a la educación sexual escolar. En sus palabras, “el gobierno revolucionario lo que hace es poner la decisión sobre la regulación de la natalidad en manos de la familia y principalmente de la mujer” (S. 1967: 6). Era 1967 en la La Habana: Camila añoraba compartir con quienes llegaran al congreso la experiencia cubana, un testimonio más de su incansable vocación de compartir, colaborar y trabajar por el futuro.

En este recorrido mínimo, hecho de retazos de memoria y trabajo, he trazado un itinerario desde mi lugar de investigación. Releyéndome ahora reparo en cómo y cuándo estudiamos las relaciones entre las escritoras, y entre ellas y su contexto, repasamos sus recursos de sociabilidad y sus intervenciones públicas. Estamos también, a nuestra vez, buscando ejemplos, trazando desde el presente esa genealogía inversa, reclamando para nosotras

la herencia luminosa de quienes nos antecedieron. Ese y no otro es el impulso de estas indagaciones.

9. FINAL

Nuestra pesquisa en viejos documentos nos descubre nuevos modos de mirar a las autoras que solemos estudiar. Aparecen gestos todavía ignorados, vínculos inesperados y una expansión activa en la convivencia con otras autoras que habilitan lecturas, si no totalmente diferentes, al menos más complejas de su producción intelectual. Hallar en esos gestos mínimos, privados, el testimonio de una posición política, una opción sexual, una elección de estilo, contribuye al mejor conocimiento de sus legados múltiples y en permanente ampliación.

El archivo, con su capacidad de renovar o ampliar nuestra perspectiva a partir del hallazgo de un documento, alienta la reconstrucción de una genealogía lateral (de genealogías laterales, pudiéramos decir, en plural), de conexiones o espacios de encuentro y discusión múltiples. Nos advierte contra los lugares comunes de nuestra propia percepción, cristalizada en la repetición de ideas sobre las autoras que estudiamos. Interrogar nuestras convicciones desde el lugar de esa información emergente puede cambiarnos la mirada, abundar en detalles, transformar la imagen ya fija que de ellas y sus gestos tenemos.

La correspondencia privada, sobre todo, ofrece un espacio de indagación inagotable, pero el archivo guarda a su vez recortes de viejas publicaciones periódicas, discusiones olvidadas, declaraciones sorprendentes. Todo ello contribuye a trazar un nuevo itinerario intelectual, menos simple, acaso más contradictorio, una nueva textura vital. En esos detalles, tantas veces considerados nimios, sobre todo cuando de mujeres se trata, perviven señales para nuevos acercamientos, indicios útiles en el completamiento de los retratos suyos que estudiamos y admiramos sin hurtar a la vista sus contradicciones y gestos íntimos.

Ahí están las claves para renovar nuestra historia intelectual, incorporando cada vez más a menudo hallazgos garantes de la valía

no solo literaria, sino también pública, de acción política y elecciones vitales que nos borren y reconstruyan alternativamente ese álbum imaginario de nuestras antecesoras y nos enfrente, asimismo, a nuestras propias elecciones.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BARCIA, María del Carmen
2009 “Mujeres en torno a *Minerva*”. En *Mujeres al margen de la historia*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 113-129.
- CAMPUZANO, Luisa
1988 “La mujer en la narrativa de la Revolución: ponencia sobre una carencia”. En *Quirón o del ensayo y otros eventos*. La Habana: Letras Cubanas, 92.
- CAPOTE CRUZ, Zaida
1994 “Presentación”, en Camila Henríquez Ureña. *Diarios de viaje*. Santo Domingo. Instituto de Literatura y Lingüística y Academia de Ciencias de Cuba, Comisión Organizadora Permanente de la Feria del Libro: 9-17.
- CAPOTE CRUZ, Zaida
2015 “El azar o el trabajo. O de cómo llegó a Cuba un álbum de Gertrudis Gómez de Avellaneda”. *La Siempreviva*. (20): 4-18.
- CAPOTE CRUZ, Zaida
2019 “Activismo académico en Cuba. Tradición, práctica y testimonio”. *Revista CS*. Septiembre-diciembre, 195-207.
- CAPOTE CRUZ, Zaida
2023 “Camila Henríquez Ureña: la dominicana más cubana”, *Casa de las Américas*, Octubre-diciembre, 124-137.
- CAPOTE CRUZ, Zaida
2025 “Materia oscura”, en *Vindictas. Cuentistas cubanas*. Introducción y selección, Zaida Capote Cruz. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México, 11-19.
- CASAÑAS, Inés; y FORNET, Jorge
1999 Premio Casa de las Américas. Memoria 1960-1999. La Habana: Fondo Editorial Casa de las Américas.

FERNÁNDEZ, Pura

- 2019 “No hay nación para este sexo. Redes culturales de mujeres de letras españolas y latinoamericanas (1824-1936)”. En *No hay nación para este sexo: la Re(d)pública de las Letras. Escritoras españolas y latinoamericanas*. Fráncfort del Meno / Madrid: Vervuert Verlagsgesellschaft, 9-58.

FIGAROLA-CANEDA, D.

- 1929 *Gertrudis Gómez de Avellaneda. Biografía, bibliografía e iconografía, incluyendo muchas cartas, inéditas o publicadas, escritas por la gran poetisa o dirigidas a ella, y sus memorias por Domingo Figarola-Caneda. Fundador y Director que fue, en vida, de la Biblioteca Nacional de Cuba. Notas ordenadas y publicadas por Doña Emilia Boxhorn, viuda de Figarola-Caneda*. Madrid: Sociedad General Española de Librería.

FRANCO, Jean

- 1986 “Apuntes sobre la crítica feminista y la literatura hispanoamericana”. *Hispanamérica*. Diciembre, 31-43.

GARCÍA, Edmundo

- 1992 “Dulce María Loynaz: gente de palabra”. *La Gaceta de Cuba*. Noviembre-diciembre, 20.

GÓMEZ DE AVELLANEDA, Gertrudis

- [1844] 2005 “Apuntes biográficos de la Sra. Condesa de Merlín”. En Susana Montero, *La Avellaneda bajo sospecha*. La Habana: Editorial Letras Cubanas, 141-142.

GRANDÓN VALENZUELA, Déborah

- 2022 “Contra las bases económicas y morales de la explotación. Análisis del ensayo «Feminismo» (1939), de Camila Henríquez Ureña”. *Atenea* (525), 31-44. <https://doi.org/10.29393/At535-2CBDG1002>

HENRÍQUEZ UREÑA, Camila

- 1988 “Diario inédito de Camila Henríquez Ureña” y “Nota” de Diony Durán. *Letras Cubanas*. Enero-marzo, 237-255.

HENRÍQUEZ UREÑA, Camila

- 2004 *Obras y apuntes*. Santo Domingo: BanReservas.

LOYNAZ, Dulce María

- 2015 “Carta a Ofelia Rodríguez Acosta”. *Jardín. Novela lírica*. Ed. Zaida Capote Cruz. La Habana: Editorial Letras Cubanas, 475-477.

MEJÍA, Abigaíl

- [1931] 2016 “‘Palabras de una mujer dominicana’ a Mariblanca Sabas Alomá”, *Listín Diario*. 13 de diciembre. En Candelario, Ginetta; E. B., Abril J. Mayes; Elizabeth S. Manley, eds. *Cien años de feminismos dominicanos. Una colección de documentos y escrituras clave en la formación y evolución del pensamiento y el movimiento feminista en la República Dominicana, 1865-1965. Tomo I. El fuego tras las ruinas, 1865-1931*. Santo Domingo: Archivo General de la Nación, 572-573.

MISTRAL, Gabriela

- 2009 *Niña errante*. Ed. Pedro Zegers B. Barcelona: Lumen.

MISTRAL, Silvia

- 1957 “Imagen e idea. Ofelia Rodríguez Acosta”. *El Imparcial. Suplemento cultural de El Regional de Sonora*. 6 de octubre, 4.

RODRÍGUEZ ACOSTA, Ofelia

- 1932 “Engranajes”. *El Mundo*. 2 de septiembre, s. p.

RODRÍGUEZ ACOSTA, Ofelia

- 1935 “Rosa Arciniega y su última novela *Vidas de celuloide*”. *Grafos*. Abril, 31.

RODRÍGUEZ ACOSTA, Ofelia

- 1942 “Carta a Rosa Arciniega”. 17 de agosto. Archivo de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

RODRÍGUEZ ACOSTA, Ofelia

- 1958 “Carta a Rosa Arciniega”. 16 de septiembre. Archivo de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

RUSS, Joanna

- 2020 *Cómo acabar con la escritura de las mujeres*. Pról., Jessa Crispin; trad., Gloria Fortún. Lectulandia.

S., A.

- 1967 “El hecho”. *Mujeres*. Diciembre, 6.

SABAS ALOMÁ, Mariblanca

[1931] 2003 “Efectivamente, sra. Chapman Catt...”. En *Feminismo. Cuestiones sociales y crítica literaria*. Santiago de Cuba: Editorial Oriente, 170-175.

SABAS ALOMÁ, Mariblanca

[1931] 2016 “Palabras de una mujer dominicana”. *Listín Diario*. 2 de diciembre. En Candelario, Ginetta; E. B., Abril J. Mayes; Elizabeth S. Manley, eds. *Cien años de feminismos dominicanos. Una colección de documentos y escrituras clave en la formación y evolución del pensamiento y el movimiento feminista en la República Dominicana, 1865-1965. Tomo I. El fuego tras las ruinas, 1865-1931*. Santo Domingo: Archivo General de la Nación, 568-570.

TAMAYO FERNÁNDEZ, Caridad

2023 “Camila Henríquez Ureña, formadora de espíritus”, *Casa de las Américas*. Octubre-diciembre, 138-147.

THEVENIN, Melania

[1931] 2016 “Objetando la mujer dominicana”. *Listín Diario*. 6 de diciembre. En Candelario, Ginetta; E. B., Abril J. Mayes; Elizabeth S. Manley, eds. *Cien años de feminismos dominicanos. Una colección de documentos y escrituras clave en la formación y evolución del pensamiento y el movimiento feminista en la República Dominicana, 1865-1965. Tomo I. El fuego tras las ruinas, 1865-1931*. Santo Domingo: Archivo General de la Nación, 570-572.

Recepción: 14/10/2025

Aceptación: 27/01/2026